

## Evento de formación sobre el binomio buenos cristianos y honestos ciudadanos

### 1) Sr Martha

Saludamos cordialmente a todos y todas ustedes que nos escuchan desde varias partes de Italia y del mundo. Este último encuentro de los jueves Salesianos de este año 2024-2025 es un diálogo a varias voces sobre el Sistema preventivo para continuar profundizando algunos aspectos a partir de los resultados de la investigación realizada con motivo del 150° aniversario del Instituto de las Hijas de María Auxiliadora. Hoy nos detendremos en el objetivo de la educación que Don Bosco resumió en la expresión: “Educamos buenos cristianos y honestos ciudadanos”.

La primera intervención está a cargo de sor Magna Martínez, Profesora de Didáctica General en la Facultad Pontificia de Ciencias de la Educación “Auxilium”, quien nos ayudará a comprender los antecedentes del 'binomio' “buenos cristianos y honestos ciudadanos” utilizado frecuentemente por Don Bosco para referirse al objetivo de la educación. Se detendrá en cómo lo utilizó Don Bosco y a quién lo dirigió. Luego seguirá el diálogo entre sor Enrica Ottone, Profesora titular de Pedagogía Social, y sor Martha Sèide, Profesora de Teología de la Educación. Recordando los resultados de la investigación, intentaremos, por un lado, releer e interpretar los datos surgidos sobre el núcleo en cuestión, y por otro, justificar la unidad del binomio en la visión unitaria del objetivo del método educativo.

### PREGUNTAS

- *¿Qué significa la expresión “Buenos cristianos y honestos ciudadanos” para Don Bosco?*
- *¿En qué contextos utilizó Don Bosco esta expresión? ¿Con qué propósito?*

### 2) Sr Magna

El binomio “buenos cristianos y honestos ciudadanos”, aunque ampliamente asociado a Don Bosco, tiene raíces históricas y filosóficas anteriores a su obra, reflejando una tradición de pensamiento pedagógico y social que ha atravesado los siglos. Uno de los primeros en formular esta visión pedagógica fue Silvio Antoniano (1540-1603), cardenal y pedagogo italiano. En su obra “De la educación cristiana y política de los hijos”, influenciada por el Concilio de Trento, subrayaba que ser un buen cristiano también significaba ser un ciudadano responsable y activo. A lo largo de los siglos XVI y XVII, el ideal educativo evolucionó hacia un enfoque humanista en el que Charles Rollin, rector de la Universidad de París, promovió una educación integral que comprendía la ciencia, la moralidad y la religión, con el objetivo de formar individuos completos, capaces de ser tanto buenos ciudadanos como cristianos. Este enfoque reflejaba la convicción de que la educación debía preparar a los individuos no solo para la vida espiritual, sino también para la vida cívica y social.

En 1769, algunos documentos de la Casa de Viena que examinaban las relaciones entre la Iglesia y el Estado afirmaban que los buenos cristianos también eran los mejores ciudadanos. Se enfatizaba la necesidad de una colaboración armoniosa entre los dos poderes para el bien común, subrayando el vínculo indisoluble entre religión y razón. La educación religiosa, en este contexto, se veía como una contribución esencial a la formación de ciudadanos virtuosos y responsables. Durante el reinado de María Teresa y su hijo José II (1740-1790), se implementó una serie de reformas destinadas a consolidar el poder imperial y a fortalecer la administración, la economía y la sociedad del imperio. Entre estas reformas, la Patente de Supresión de 1782 tuvo un impacto significativo, suprimiendo numerosos monasterios contemplativos y órdenes religiosas considerados inútiles para la sociedad, ya que no estaban comprometidos con la enseñanza o el cuidado de los enfermos.

En respuesta a los desafíos de la época, surgieron nuevas congregaciones dedicadas principalmente a la educación, con el objetivo de formar buenos cristianos y honestos ciudadanos. Estas iniciativas reflejaban la importancia atribuida a la instrucción como herramienta para promover tanto el crecimiento espiritual como el bienestar cívico. En 1797, Scipione Bonifacio, en su opúsculo “Los derechos del hombre, los derechos del ciudadano y los derechos y deberes del cristiano y del ciudadano”, enfatizó la indisolubilidad de los roles del hombre, del ciudadano y del cristiano. Él sostenía que la religión es inseparable de la razón y de las leyes sociales, y que un cristiano necesariamente debe ser también un buen ciudadano. En el siglo XIX, el Risorgimento italiano llevó a nuevas reflexiones sobre cómo conciliar el papel del cristiano con el del ciudadano. En un período de fervor político y social, se discutió cómo combinar la identidad religiosa con los valores patrióticos y civiles. Figuras como Pietro Gioia, ministro de Gracia y Justicia, subrayaron la importancia de que el clero comprendiera los deberes de súbdito y de ciudadano, arraigados en la ley cristiana.

Don Bosco, hijo de su tiempo y dotado de una notable capacidad para comprender la realidad en la que vivían los jóvenes, ideó estrategias para favorecer su crecimiento. Adoptó y promovió el principio de formar “buenos cristianos y honestos ciudadanos” como fundamento de su obra educativa, en un contexto en el que la Revolución Industrial y otras revoluciones estaban transformando profundamente los principios y la cultura. La sociedad y la educación ya no eran las del Ancien Régime, ni las radicales de la laicidad, sino que reflejaban una clara separación entre Iglesia y Estado propia de un liberalismo a veces anticlerical pero no anticristiano, que consideraba que la educación y la religión debían apoyarse mutuamente. Partiendo de su enfoque centrado en los jóvenes, Don Bosco creó una red de relaciones con diferentes entidades para favorecer y garantizar su formación. Esto le permitía comunicarse eficazmente con interlocutores diversos, para garantizar su objetivo principal: formar personas íntegras, capaces de vivir su fe y de contribuir activamente al bien común.

Veamos algunos aspectos de cómo Don Bosco empleaba la frase “buenos cristianos y honestos ciudadanos” con una variedad de matices, demostrando una notable habilidad para arraigar su finalidad educativa.

Dirigiéndose a los colaboradores “educadores”, él destacaba la importancia de formar buenos cristianos y honestos ciudadanos, utilizando verbos como hacer, educar, preparar,

rendir, enseñar, instruir y formar, todos indicativos de un compromiso continuo en el proceso educativo. «Devolverlos a la familia, a la sociedad, a la Iglesia como buenos hijos, sabios ciudadanos, ejemplares cristianos». Don Bosco animaba a los educadores a inculcar en los jóvenes virtudes cristianas y cívicas, considerándolas indispensables para la formación de individuos completos y responsables. Subrayaba que la educación debía incluir también la vida social, ya que un buen cristiano debe ser también un buen ciudadano. Él exhortaba a la importancia de una acción educativa constante y dedicada de los educadores en una época de grandes transformaciones, marcada por la difusión de ideales liberales y laicos. En este contexto, era fundamental formar educadores capaces de transmitir a los jóvenes no solo conocimientos, sino también valores cristianos y civiles, contrarrestando la influencia de ideologías dañinas. Ante la ley Casati de 1859, que reformaba el sistema escolar y reflejaba la tensión entre educación laica y religiosa, Don Bosco insistía en la importancia de educadores cualificados y comprometidos, capaces de guiar a los jóvenes en un camino de crecimiento integral.

Dirigiéndose a los benefactores, Don Bosco expresaba profunda gratitud por su vital apoyo a su misión educativa. Él reconocía cómo su aporte era crucial no solo para la subsistencia de los jóvenes, sino sobre todo para su buena instrucción y educación cristiana y civil. Él afirmaba: «De vuestra caridad espero el pan y lo necesario para la vida y la buena instrucción y educación cristiana y civil de los jóvenes acogidos, ...». En una época de incertidumbre política y social, el apoyo de los privados era fundamental para financiar sus obras educativas y asistenciales. Esto permitía formar buenos cristianos y honestos ciudadanos, en línea con su sistema preventivo, sacando a los jóvenes de la marginación y ofreciéndoles una formación integral. La generosidad de los benefactores se veía como una cooperación esencial para el bien de las almas y de la sociedad civil. Además, Don Bosco consideraba que su involucramiento en la caridad no solo favorecía el crecimiento de los jóvenes, sino que también promovía el desarrollo personal de los propios benefactores, reforzando los valores morales y sociales dentro de la comunidad.

Dirigiéndose a las autoridades civiles, Don Bosco destacaba la importancia crucial de la educación juvenil para el bienestar de la sociedad, afirmando que «la sociedad será buena si ustedes dan una buena educación a la juventud». Esta convicción orientaba sus acciones e interacciones con las instituciones. No se limitaba a enunciar este principio, sino que lo demostraba concretamente a través de sus oratorios, que sacaban a los jóvenes de la calle, ofreciéndoles instrucción moral, religiosa y profesional. Don Bosco presentaba sus iniciativas como una contribución de utilidad pública, capaz de reducir la delincuencia y formar ciudadanos honestos y laboriosos. Su acción educativa apuntaba a formar excelentes cristianos, buenos padres de familia, súbditos fieles y útiles a la sociedad, destacando cómo la formación integral de los jóvenes, arraigada en los principios cristianos, era esencial para una sociedad sana y próspera. A pesar de mantener su autonomía y la prioridad de la salvación espiritual, buscaba la colaboración de las autoridades civiles, consciente de que la educación era un interés común para el bien de los jóvenes y de la colectividad.

Dirigiéndose a la Iglesia, Don Bosco afirmaba: «Mi política es la del Padre Nuestro». En esta respuesta a Pío IX resumía su visión de la relación entre fe y compromiso social. Para Don Bosco, la acción educativa y pastoral era intrínsecamente política, ya que apuntaba a transformar la sociedad según los valores del Evangelio. La Iglesia del siglo XIX se

enfrentaba al desafío de la modernidad, con la difusión de ideologías laicas y anticlericales y la pérdida de poder temporal. En este contexto, era fundamental renovar el compromiso de la Iglesia en el campo de la educación y la asistencia social, ofreciendo una respuesta concreta a las necesidades de los jóvenes y las familias. Él, con su carisma y capacidad de innovación, representaba un punto de referencia importante para la Iglesia, demostrando la posibilidad de conciliar fe y modernidad y de anunciar el Evangelio en un lenguaje nuevo y accesible.

Dirigiéndose a los jóvenes, Don Bosco animaba a «vivir siempre como buenos cristianos y sabios ciudadanos». Utilizaba verbos activos y reflexivos como «hacerse», «volverse», «vivir» y «mostrarse» para estimular un proceso de transformación personal intrínseco. «Hacerse» y «volverse» denotaban una construcción activa de la identidad moral y cívica; «vivir» subrayaba la importancia de la internalización y la aplicación práctica de los valores cristianos y cívicos en la vida cotidiana; y «mostrarse» destacaba la dimensión social y comportamental de dicha identidad a través de una conducta ejemplar. Este estímulo a la encarnación de los valores cristianos tenía como objetivo desarrollar una internalización moral y comportamientos prosociales, considerando a los jóvenes como protagonistas activos de su propio camino educativo. Don Bosco creía firmemente en el potencial de los jóvenes de «darse totalmente a Dios» y de aspirar a la santidad, un objetivo educativo supremo propuesto a todos.

Un aspecto relevante de Don Bosco es la adopción del plural cada vez que se refiere al binomio “buenos cristianos y honestos ciudadanos”. Esta elección no es casual. Aunque Don Bosco privilegiaba la relación educativa individual, es decir, la pedagogía del uno a uno, la promovía dentro de una visión comunitaria y familiar. Para él, no era suficiente formar al individuo; era necesario formar al ciudadano dentro de la comunidad, la familia, la sociedad. El uso del plural reflejaba la idea de que la educación debía tener un impacto tanto en la comunidad terrenal como en la celestial, contribuyendo a la construcción de una sociedad cohesionada. Esta elección lingüística subrayaba la importancia de una educación que acogiera a todos los jóvenes, promoviendo tanto el crecimiento espiritual como el cívico. La virtud de uno refuerza la de los demás, creando una red de apoyo que facilita el progreso de la comunidad, con la identidad del espíritu de familia.

¿Cuál es la opinión de los educadores contemporáneos sobre la formación de buenos cristianos y honestos ciudadanos? A continuación, comparto algunos extractos de las reflexiones de educadores provenientes de diferentes partes del mundo.

El primer educador declara que: «Con el cambio de la sociedad, educar a los jóvenes para que sean buenos cristianos y honestos ciudadanos se está convirtiendo en un desafío porque el sistema educativo de la sociedad actual no está en línea con el objetivo del Sistema preventivo, no lo favorece y a veces es opuesto a este objetivo». La respuesta del educador destaca un desafío crucial en el contexto educativo contemporáneo. La misión salesiana de formar buenos cristianos y honestos ciudadanos se enfrenta a un sistema educativo que a menudo no apoya y a veces contrasta estos objetivos. Esto requiere un compromiso aún mayor por parte de los educadores y las comunidades para encontrar formas creativas y resilientes de transmitir estos valores fundamentales, a pesar de las dificultades.

El segundo educador afirma: «Educar buenos cristianos y honestos ciudadanos es la brújula que guía mi misión educativa». Esta afirmación destaca la importancia de

desarrollar competencias personales para acompañar a los jóvenes. El educador demuestra una dirección clara y un fuerte sentido de responsabilidad. Este enfoque no solo promueve valores morales y religiosos, sino que también fomenta una participación activa y positiva en la sociedad, formando individuos completos y responsables. Don Bosco subrayaba que los educadores debían ser modelos de comportamiento, capaces de inspirar y guiar a los jóvenes en su camino de crecimiento personal y cívico.

El tercer educador señala: «Para los jóvenes no cristianos: les educamos para vivir la justicia, una conciencia recta, la capacidad de distinguir y elegir entre el bien y el mal». El educador encuentra una respuesta para acompañar a los jóvenes no cristianos, promoviendo valores universales que trascienden las diferencias religiosas, creando un entorno educativo que valora a cada individuo. Enseñar estos principios fundamentales ayuda a formar ciudadanos responsables y conscientes, capaces de contribuir positivamente a la sociedad.

Reflexionando sobre las respuestas de los educadores, pienso que, para implementar la formación de buenos cristianos y honestos ciudadanos, nosotros, los educadores de hoy, necesitamos una serie de competencias clave. Estas incluyen competencias relacionales, para construir relaciones positivas y de confianza con los jóvenes; competencias emocionales, para comprender las emociones y las necesidades de los jóvenes; competencias prácticas, para aplicar métodos educativos concretos y desarrollar actividades que promuevan el crecimiento integral; competencias pedagógicas, para adaptar el enfoque educativo a las necesidades específicas de los jóvenes; competencias espirituales, para transmitir valores cristianos y guiar a los jóvenes en su camino de fe; y competencias morales y éticas, para promover comportamientos éticos y morales, inspirando a los jóvenes a vivir según estos principios.

Para concluir, me gustaría lanzar una pregunta: ¿Cómo reinterpretar “buenos cristianos y honestos ciudadanos” en la educación actual, considerando los desafíos contemporáneos?

*Concludo passando la parola a sor Enrica e a sor Martha*

## **PREGUNTA**

- *En un contexto como el actual, caracterizado por pluralismo y secularización, en entornos multiculturales y multirreligiosos, ¿cómo es comprendido y vivido el binomio “buenos cristianos y honestos ciudadanos” por las educadoras y los educadores que operan en las casas de las Hijas de María Auxiliadora en varias partes del mundo?*

## **3) Sor Enrica**

- Esta pregunta nos la planteamos en una investigación internacional realizada entre 2021 y 2022 por un equipo de investigación coordinado por nuestra Facultad Auxilium. La investigación involucró a unas 500 personas entre FMA, laicas y laicos de los 5 continentes.

- Uno de los objetivos de la investigación fue explorar cómo se vive hoy el sistema educativo salesiano en las obras de las FMA. En particular, nos enfocamos en algunos aspectos, entre ellos la visión integral y unitaria de la persona y del fin de la educación que consiste en formar “buenos cristianos y honestos ciudadanos”. Una de las hipótesis se refería precisamente a la concepción realista y optimista de la persona y de la educación y la visión unitaria del fin, explorando cómo se comprendía el fin y de qué manera se promovía en la práctica en los diversos entornos educativos.
- En este encuentro, no tenemos mucho tiempo para profundizar en los datos que hemos recopilado, piensen que hemos analizado más de 500,000 palabras. Presentaremos algunos de los resultados para entender mejor cómo se piensa y cómo se vive este aspecto central de nuestro sistema educativo salesiano.
- Un desafío que emerge claramente de la lectura de los datos es el formativo: al responder a la pregunta ¿qué significa para ti la expresión de Don Bosco “Buenos cristianos y honestos ciudadanos”? los entrevistados han explicitado algunos aspectos, han reiterado a menudo la conciencia de la unidad del fin, manifestando sin embargo la necesidad de profundizar en ese significado.
- Al analizar las respuestas que se refieren a la segunda parte de la pregunta. “¿Qué haces para educar buenos cristianos y honestos ciudadanos?” algunos han sentido la necesidad de distinguir, dejando entrever un cierto dualismo: para educar buenos cristianos hacemos así... y para educar honestos ciudadanos proponemos estas otras experiencias. Este aspecto podrá ser profundizado aún más, pero deja abierta la cuestión formativa.
- Los entrevistados parecen convencidos y conscientes de la unidad del binomio, pero también destacan los desafíos para realizarlo hoy en los diversos contextos, en particular en los contextos multirreligiosos y secularizados.
- Lo expresa de manera muy efectiva un educador japonés que trabaja en un contexto en el que el cristianismo es una religión minoritaria. Leo sus palabras recogidas a través del grupo focal: «Lo he estado pensando durante un tiempo. ¿Estamos formando ciudadanos honestos y buenos cristianos? ¿O al menos estás tratando de formar ciudadanos honestos? ¿Realmente creemos que los ciudadanos honestos finalmente aparecerán como buenos cristianos? Pero a veces no podemos educarlos para que sean ciudadanos honestos de manera que puedan ser buenos cristianos con todos, por lo tanto, ciudadanos honestos que aspiran a... buenos cristianos. Si tienes una religión diferente, como dije antes, o si estos son los aspectos mínimos para hacer de estas personas ciudadanos honestos, ¿no habría una manera de descubrir algunas semillas o cosas que puedan mostrar que eres un buen cristiano siendo un ciudadano honesto?» (G\_34\_AS\_IT, Pos. 79)
- La pregunta final está explícita de manera tan clara por este educador, pero está implícita en las respuestas de muchos otros entrevistados. Ya sugiere una pista: crear ocasiones para reflexionar juntos sobre las competencias del ciudadano honesto que vive ese conjunto de virtudes humanas e incorpora los valores evangélicos e identificar algunos indicadores que lo atestigüen.
- Puede ser útil la comparación con expertos y por eso ahora te pedimos a ti, Hna. Martha, la tarea de profundizar en las razones, es decir, de explicar.

## PREGUNTA

*Cómo se justifica la convicción de que cuando educamos ciudadanos honestos también educamos buenos cristianos y viceversa?*

### 4) Sor Martha

Esta visión unitaria encuentra su fundamento en la perspectiva teo-antropológica del Imago Dei que se refiere a Génesis 1, 26-27, es decir, la persona humana es creada a imagen de Dios trinitario. Esta perspectiva encuentra una elucidación iluminadora en el documento de la Comisión Teológica Internacional, titulado precisamente: “Comunión y servicio. La persona humana creada a imagen de Dios” (2004). Por lo tanto, la persona creada a imagen de Dios es un ser relacional llamado a una vocación intrínseca a la comunión y al servicio.

En cuanto a la comunión, implica la dimensión personal que se refiere tanto a la unidad, identidad e interioridad irreductibles del individuo, como a la relación fundamental con los demás que está en la base de la comunidad humana. En la perspectiva cristiana, esta identidad personal, que también es una orientación hacia el otro, se basa esencialmente en la Trinidad de las Personas divinas. Dios no es un ser solitario, sino una comunión entre tres Personas (n. 41). Si la Trinidad - Padre, Hijo y Espíritu Santo - es una comunión de personas, en consecuencia, la persona, creada a su imagen, está llamada a reflejar este modelo en todas las dimensiones de la existencia, desde lo personal hasta lo comunitario y social: unidad cuerpo y alma, hombre y mujer, persona y comunidad, pecado y salvación. De hecho, nadie existe como individuo aislado, sino que se realiza plenamente solo en la relación con los demás y con Dios. La comunidad, por lo tanto, no es una adición externa a la persona, sino el lugar donde encuentra el sentido más profundo de su existencia.

De manera similar, la dimensión del servicio y de la ciudadanía responsable es connatural a la vocación originaria del ser humano. Creado a imagen de Dios, está llamado a participar en el gobierno de la creación, no como dominador, sino como administrador responsable. La tarea que Dios confía a la persona es una forma de servicio: guiar, custodiar y mejorar el mundo, promoviendo la justicia y el bien común. Esta orientación al servicio no es solo un deber religioso, sino también la base para ser un ciudadano honesto, capaz de construir una sociedad justa y solidaria. El buen cristiano, viviendo según su vocación de servicio, se convierte inevitablemente también en un buen ciudadano, porque contribuye al bien común con su compromiso ético y social.

Podemos afirmar que esta perspectiva del Imago Dei encuentra su concreción en la encarnación del Hijo que hace visible la imagen de Dios. Nos dice el Concilio Vaticano II: “En realidad, solo en el misterio del Verbo encarnado encuentra verdadera luz el misterio del hombre” (GS n. 22). Es, de hecho, Jesucristo quien revela al hombre la plenitud de su ser, en su naturaleza originaria, en su cumplimiento final y en su realidad actual. Por lo tanto, la persona que quiere vivir concretamente la doctrina del Imago Dei, debe ponerse en la escuela de Jesús para aprender de Él a vivir el proyecto del Padre para la humanidad, pensado en Él antes de la creación del mundo.

En resumen, la visión unitaria de la persona surge de la verdad de que el ser humano es cuerpo y alma, individuo y relación, hijo de Dios y custodio de la creación. Su identidad cristiana se realiza en la comunión y se manifiesta en el servicio, dos aspectos inseparables que dan fundamento tanto a la espiritualidad personal como al compromiso civil, para vivir como buenos cristianos y honestos ciudadanos.

## PREGUNTA

- *¿Cómo implementan esta unidad hoy en los diversos contextos del mundo las educadoras y los educadores?*

### 5) Sor Enrica

- Esta finalidad en las respuestas de los entrevistados se concreta en un conjunto variado y articulado de objetivos educativos. Las codificaciones relacionadas con este aspecto se refieren principalmente a las respuestas a la pregunta: ¿Qué haces/hacen para educar buenos cristianos y honestos ciudadanos?
- El análisis de las 541 frases que hemos clasificado como respuestas a esta pregunta específica ha permitido identificar una gran variedad de objetivos que hemos agrupado en las siguientes 4 dimensiones:
- La dimensión socio-política (educación para la ciudadanía activa, el cuidado del bien común, la solidaridad, la interculturalidad, la paz, la justicia, los derechos humanos);
- La dimensión que hemos codificado como “cognitiva”, es decir, que se refiere a la necesidad de promover el desarrollo de la capacidad de reflexión, el pensamiento crítico, la competencia digital, hoy diríamos para enfrentar los desafíos que se abren con la IA;
- La dimensión afectiva y motivacional (promoción de la disposición a vivir y testimoniar valores como la coherencia, la honestidad y la capacidad de regulación de las emociones);
- Y, finalmente, la dimensión moral, espiritual, religiosa, explicitando los aspectos de apertura a la trascendencia, el sentido y la perspectiva existencial, la fe, los sacramentos, la oración.
- Los entrevistados describen una gran variedad de estrategias, actividades y experiencias educativas que permiten perseguir estos objetivos en diversos contextos de la educación formal, no formal e informal y destacan varios aspectos. Recogemos tres que son centrales en nuestro sistema educativo:
- La atención a hacer que los jóvenes sean protagonistas y capaces de participar activamente en las diversas actividades de su formación;
- La conciencia de que educar es un proceso continuo y circular e implica un trabajo en red y en red;
- La profesionalidad, que se reconoce en el tiempo dedicado a la preparación y el cuidado de los detalles.
- Un último aspecto que me gustaría destacar es el testimonio del educador/educadora. En el logro del objetivo y en ayudar a los jóvenes a comprender que el objetivo es unitario, el testimonio asume un papel central. Nosotros primero debemos asumir conscientemente la responsabilidad de la autoformación para comprender y saber vivir personalmente esta unidad del objetivo. Debe reflejar nuestro ser coherentes con los valores evangélicos según el modelo de las bienaventuranzas y el compromiso de vivir estos valores, esta identidad haciéndolos convertirse en competencias, o mejor dicho, virtudes entendidas como hábitos, es decir, disposiciones estables que los jóvenes pueden reconocer en nosotros y aprender a vivir de nosotros y con nosotros.
- Una evidencia de esto me parece poder reconocerla en un resultado que hemos recogido en las entrevistas. Más de 230 codificaciones se refieren a situaciones de actualidad, de las cuales casi la mitad se centran en la pandemia de Covid-19. Este

aspecto de atención al contexto ha surgido de manera transversal en las respuestas: hemos reconocido el rasgo de arraigo en un espacio y en un tiempo que es característico de la tradición salesiana. Las educadoras y los educadores se han movido para enfrentar y ayudar a enfrentar con resiliencia este evento global. También de esta manera hemos educado para la ciudadanía. Y hemos vuelto a poner en el centro la necesidad de educar como prioritaria y central en nuestra misión y vocación.

*A ti, sor Martha, la tarea de ayudarnos a profundizar mejor esta unidad entre educar buenos cristianos y honestos ciudadanos.*

## **6) Sor MARTHA**

Reordenando los datos surgidos de la investigación, en referencia a los “buenos cristianos”, podemos observar cómo los entrevistados destacan los elementos característicos de la educación cristiana, como proceso de maduración humano-cristiana. Esto significa, ante todo, una educación auténticamente e integralmente humana, realizada en un horizonte de fe, dentro de un camino de crecimiento dirigido hacia la plenitud de la vida cristiana que incluye en su dinamismo la catequesis, la iniciación litúrgico-sacramental, la formación moral, la iniciación al apostolado eclesial y la educación al compromiso en la sociedad (cf *Gravissimum Educationis*, n. 2; Groppo 1991, 423-425).

Por una parte, se encuentran afirmaciones que ilustran bien esta convicción; por ejemplo:

“Esta afirmación (“buenos cristianos y honestos ciudadanos”) me recuerda formar la conciencia de los jóvenes...” “cuando tenemos un buen fundamento cristiano... es en ese mismo momento que nos volvemos honestos...”

O bien

*“¿Qué significa educar buenos cristianos y honestos ciudadanos? Diría que es llevar al joven... a tener buenos comportamientos tomando como pilar la palabra de Dios...”*

Por otro lado, se expresa cierto pesar cuando estos aspectos son descuidados, como podemos observar en esta afirmación:

“Agrego algo que me conmueve mucho, que me parece que estamos olvidando un poco los dos pilares de la Confesión y la Eucaristía...”

Además, la conciencia de habitar hoy en un mundo multicultural y multirreligioso, por parte de los educadores y educadoras, hace que la educación de buenos cristianos y honestos ciudadanos no sea una obra excluyente. Al contrario, en nombre de la catolicidad, predispone a la apertura, la acogida y la inclusión de jóvenes de todas las culturas y creencias. En esta perspectiva, se tiende a promover el diálogo interreligioso en la vida cotidiana para educar a la convivencia pacífica en el respeto y la solidaridad.

Otro aspecto señalado por los grupos focales en relación con el buen cristiano es la fuerza del testimonio del educador llamado a vivir su fe de manera coherente y alegre, asegurando el acompañamiento y la presencia constante, especialmente en los momentos importantes de la vida de los jóvenes, en el estilo típicamente salesiano de alegría, escucha, familiaridad, amabilidad, etc.

“testimoniar... mostrar que somos personas felices... Y yo digo, al menos recordarán esto; recordarán a ese maestro...”

Es interesante notar que incluso cuando se refieren principalmente a la educación de buenos cristianos, los entrevistados remarcan que es necesario el método salesiano con los tres pilares interconectados de Don Bosco: Amabilidad, religión, razón para una educación holística y atenta a la persona. Los educadores y educadoras afirman la necesidad de hacer propuestas de “alta medida de vida cristiana ordinaria” en el sentido de no tener miedo de proponer experiencias fuertes que comprometan en el plano de la fe y a nivel social.

Estas macrocategorías capturan los elementos fundamentales surgidos en los grupos focales que ayudan a comprender la unidad y la integralidad del camino educativo sintetizado en el binomio “buenos cristianos y honestos ciudadanos”. Estos aspectos delinean no solo la interrelación de las diferentes dimensiones de la persona en la acción educativa cotidiana, sino también la unidad metodológica y la ejemplaridad de los educadores traducida en un testimonio creíble.

## CONCLUSIÓN

Agradecemos por haber seguido este encuentro y esperamos poder continuar “educando buenos cristianos y honestos ciudadanos” y mantener viva y actual la fuerza transformadora de la educación salesiana en la vida de las personas y en la sociedad.